

SER MUJER EN CHILE: MATERNIDAD, DESIGUALDAD Y UN SISTEMA QUE NO PERDONA

Mayra Aline González Gamonal*
Denisse Ayleen Retamales Bravo**

Fecha de recepción: 20/11/2025

Fecha de aprobación: 18/12/2025

RESUMEN

La realidad de las mujeres jefas de hogar se construye en la intersección de diversas dimensiones que influyen de manera directa en su vida cotidiana. En el ámbito socioeconómico, muchas de ellas enfrentan empleos informales, bajos sueldos y una carga financiera que deben sostener en soledad. Esta situación implica realizar una administración rigurosa de los recursos y el uso de estrategias de supervivencia. Además, se suma la responsabilidad de cuidado, que no solo incluye la atención de hijos o familiares dependientes, sino también la gestión completa del hogar y la búsqueda constante de estabilidad. En lo personal y afectivo, estas mujeres desarrollan una fortaleza que se sostiene en la resiliencia y en la necesidad de seguir adelante, incluso en contextos marcados por experiencias de abandono, sobrecarga emocional o rupturas familiares. En la dimensión territorial, muchas viven en sectores con altos índices de inseguridad y acceso limitado a oportunidades laborales y

recreativas, lo que condiciona su calidad de vida. Aunque estas barreras estructurales existan, también se despliegan estrategias que muestran autonomía, ya que buscan apoyo comunitario, priorizan la educación de sus familias, acceden a redes institucionales y sostienen vínculos significativos que permiten enfrentar la adversidad. Sus experiencias demuestran una combinación compleja de vulnerabilidad y fortaleza que atraviesa todas las dimensiones de su vida. En conjunto, estas dimensiones permiten comprender la complejidad del rol de las mujeres jefas de hogar y la necesidad de abordajes integrales desde el Trabajo Social.

Palabras claves: Mujeres jefas de hogar, Vulnerabilidad, Género, Feminización de la pobreza, Discriminación.

* Estudiante en proceso de titulación de la carrera de trabajo social de la facultad de ciencias humanas, de la Universidad Bernardo O'higgins. mayrag@pregrado.cl ORCID: [0009-0008-5727-9491](https://orcid.org/0009-0008-5727-9491)

** Estudiante en proceso de titulación de la carrera de trabajo social de la facultad de ciencias humanas, de la Universidad Bernardo O'higgins denretamales@pregrado.ubo.cl ORCID: [0009-0001-6482-8603](https://orcid.org/0009-0001-6482-8603)

ABSTRACT

The reality of female heads of household is shaped by the intersection of various factors that directly influence their daily lives. In the socioeconomic sphere, many of them face informal employment, low wages, and a financial burden that they must bear alone. This situation requires rigorous management of resources and the use of survival strategies. In addition, there is the responsibility of caregiving, which includes not only caring for children or dependent relatives, but also the complete management of the household and the constant search for stability. On a personal and emotional level, these women develop a strength that is sustained by resilience and the need to move forward, even in contexts marked by experiences of abandonment, emotional overload, or family breakdown. In terms of geography, many live in areas with high levels of insecurity and limited access to employment and recreational opportunities, which affects their quality of life. Although these structural barriers exist, they also deploy strategies that demonstrate autonomy, as they seek community support, prioritize their families' education, access institutional networks, and maintain meaningful relationships that enable them to face adversity. Their experiences demonstrate a complex combination of vulnerability and strength that permeates all dimensions of their lives. Taken together, these dimensions allow us to understand the complexity of the role of female heads of household and the need for comprehensive approaches from social work.

Keywords: Women heads of household, Vulnerability, Gender, Feminization of poverty, Discrimination.

| Introducción

En Chile, la presencia de mujeres jefas de hogar ha aumentado de manera sostenida durante las últimas décadas, convirtiéndose en un fenómeno social que refleja profundas transformaciones familiares, económicas y culturales. Sin embargo, este crecimiento no ha significado necesariamente mejores condiciones de vida para ellas, por el contrario, la jefatura femenina continúa estrechamente vinculada a escenarios de vulnerabilidad, trabajos informales y sobrecarga de cuidados, reproduciendo lo que diversas autoras han denominado la feminización de la pobreza.

En territorios como Villa La Esperanza II, en la comuna de Maipú, esta realidad adquiere particular relevancia, debido a la ausencia de redes de apoyo, la inestabilidad económica y la persistencia de estereotipos de género que condicionan la vida cotidiana de las mujeres.

Desde una perspectiva del Trabajo Social, comprender las experiencias de las mujeres jefas de hogar implica reconocer no sólo sus condiciones materiales, sino también los significados subjetivos que construyen en torno a su rol como proveedoras y cuidadoras del hogar. En esta dirección, la presente investigación se desarrolla desde un enfoque cualitativo y fenomenológico, que busca rescatar la voz de las mujeres para comprender cómo interpretan y resignificar las responsabilidades económicas, afectivas y de cuidado que sostienen día a día.

El estudio parte del reconocimiento de que las desigualdades de género, los trabajos informales y la falta de corresponsabilidad social configuran escenarios complejos, donde estas mujeres deben enfrentar múltiples desafíos simultáneamente. Sin embargo, también se consideran las estrategias de resistencia, las redes afectivas y las fortalezas que despliegan para sostener la vida familiar y comunitaria. En este sentido, la investigación no sólo busca visibilizar las dificultades que atraviesan, sino también aportar la comprensión de sus significados, capacidades y experiencias, desde un lugar de dignidad y reconocimiento.

En términos comunitarios, la investigación también evidencia que la pertenencia territorial condiciona las oportunidades y los recursos disponibles para estas mujeres. En sectores periféricos como Villa La Esperanza II, las brechas en transporte, seguridad, servicios públicos y acceso a programas estatales generan barreras adicionales para el desarrollo individual y familiar. Estas limitaciones no solo afectan la movilidad laboral y las posibilidades de estudiar o capacitarse, sino que influyen en la percepción subjetiva de bienestar y en la construcción de horizontes de futuro.

Finalmente, el estudio destaca la importancia del reconocimiento social y simbólico hacia las mujeres jefas de hogar, pues su invisibilización histórica ha reforzado desigualdades que afectan tanto sus posibilidades de desarrollo como su bienestar emocional. Otorgar valor a sus experiencias, sus saberes y sus aportes a la comunidad no solo contribuye a

una comprensión más justa de su realidad, sino que abre caminos para diseñar políticas públicas más pertinentes, sensibles y transformadoras. Este reconocimiento es fundamental para avanzar hacia una sociedad que no solo observe la vulnerabilidad, sino también la agencia y el protagonismo de estas mujeres en la construcción de sus propios proyectos de vida.

| Antecedentes generales

En las últimas décadas, en Chile se ha producido un aumento en los hogares encabezados por mujeres, en el año 1990 existían aproximadamente 642.000 hogares con jefa de hogar, cifra que en el año 2016 se ha triplicado, ya que habría alcanzado los 2 millones de hogares (ComunidadMujer, 2016).

Este es un fenómeno que combina las transformaciones familiares, por ejemplo, mayor presencia de hogares monoparentales, mayores tasas de divorcio y separación con un aumento en la participación laboral femenina.

Según ComunidadMujer (2016) esta dinámica no quiere decir que haya mayor autonomía económica, sino que la jefatura de hogar femenina coexiste con niveles elevados de vulnerabilidad y pobreza, una mayor carga de trabajo no remunerado y condiciones de empleo precarias.

El siguiente gráfico demuestra cómo la proporción de hogares liderados por mujeres se ha incrementado con el pasar de los años, pasando del 20,2% en 1990 al 47,7% en el 2022 (Encuesta Casen).

ALZA DE HOGARES CON JEFATURA FEMENINA EN CHILE

Las jefaturas de hogar lideradas por mujeres se ha duplicado durante las últimas tres décadas, sobre todo en hogares monoparentales (una mujer y sus hijos) al igual que en hogares donde la mujer vive sin cónyuge ni hijos.



FUENTE: Encuesta Casen

LA TERCERA

Esta tendencia refleja una mayor autodeclaración de las mujeres como jefas de hogar, y también un cambio cultural y estructural en la sociedad chilena, donde la independencia económica femenina y la participación han sido claves. Según expertos, este fenómeno se vincula directamente a la mayor autonomía y empoderamiento de las mujeres quienes hoy en día asumen con mayor frecuencia, claridad y reconocimiento el rol de jefas de hogar.

A pesar de que tanto hombres como mujeres tienen las mismas habilidades para conducir un hogar, posiblemente las diferencias que se observan se deben a patrones de socialización y de crianza, donde se enseña a los hombres a tener un rol más pasivo en relación con las tareas del hogar.

Por otro lado, tenemos la evidencia estadística chilena que confirma la tendencia antes mencionada mediante los datos de la encuesta Casen, que muestran aumentos importantes sobre la proporción de hogares que cuentan con jefatura femenina, y además una mayor presentación de mujeres en los tramos de mayor vulnerabilidad.

Esta realidad indica lo que ComunidadMujer (2016) denomina feminización de la pobreza, siendo un fenómeno que aplica desde bajos ingresos, como déficits de cuidado, falta de tiempo, redes, servicios y factores de riesgo que limitan la inserción laboral formal de estas mujeres.

Perfil de los hogares por situación de pobreza, 2022

	Pobreza extrema	Pobreza no extrema	Pobreza	No pobreza	Total
Tamaño medio de los hogares <i>(Promedio por hogar, número de personas por situación de pobreza)</i>	3,1	3,4	3,3	2,8	2,8
Porcentaje de hogares con jefatura femenina <i>(Porcentaje, hogares por situación de pobreza)</i>	58,3	58,8	58,6	47,0	47,7
Porcentaje de hogares con niños y niñas (0 a 17 años) <i>(Porcentaje, hogares por situación de pobreza)</i>	57,5	65,2	62,7	38,4	39,8
Porcentaje de hogares con personas mayores (60 y más años) <i>(Porcentaje, hogares por situación de pobreza)</i>	19,0	25,3	23,2	38,0	37,2

* Al 95% de confianza, las diferencias con respecto al 2022 SON estadísticamente significativas entre "Pobreza" y "No pobreza" para todos los datos presentados.

* Se excluye servicio doméstico puertas adentro y su núcleo familiar.

Fuente: Ministerio de Desarrollo Social y Familia, Encuesta Casen 2022.



En este gráfico podemos observar el perfil de estos hogares según su situación de pobreza, lo que nos permite analizar las condiciones materiales y demográficas que se entrecruzan con las desigualdades sociales.

Uno de los elementos más relevantes es el rol de la mujer como jefa de hogar, pues en hogares en pobreza (extrema o no extrema) más del 58% tienen jefatura femenina, mientras que en los hogares que no se encuentran en pobreza ese porcentaje baja al 47%. Esto significa que las mujeres están más presentes en los hogares de bajos recursos y además, están en condiciones de mayor carga familiar, por ejemplo, los hogares en pobreza presentan un mayor tamaño promedio de 3,3 personas y un porcentaje considerablemente más alto de niños y niñas menores de 17 años (62,7%). Esto quiere decir que existe una doble o incluso triple carga para muchas mujeres, quienes deben asumir toda la crianza de sus hijos, la provisión económica y las tareas domésticas en contextos de alta vulnerabilidad y pobreza.

| Problematicación o justificación

Actualmente en Chile, el fenómeno de las mujeres jefas de hogar ha incrementado en una transformación significativa en la estructura familiar tradicional. Esta figura, entendida como aquella mujer que asume la responsabilidad principal del sustento económico y del cuidado de los integrantes del hogar, se ha visibilizado especialmente en contextos de vulnerabilidad social. Sin embargo, más allá de una categoría estadística, ser jefa de hogar implica una serie de desafíos que trascienden lo material, abarcando dimensiones emocionales, sociales y culturales que no siempre son consideradas en las políticas públicas.

Las mujeres jefas de hogar en Chile enfrentan una serie de desafíos interrelacionados que afectan su bienestar y el de sus familias. Si bien existen programas y políticas orientadas a apoyarlas, es necesario fortalecer y ampliar estas iniciativas, asegurando su efectividad y cobertura. Asimismo, es crucial promover cambios culturales y normativos que permitan una distribución equitativa de las responsabilidades domésticas y laborales, contribuyendo así a una sociedad más justa e inclusiva.

En la comuna de Maipú, la realidad de las mujeres que encabezan hogares no solo refleja patrones presentes en el resto del país, sino que también exhibe características propias que deben ser consideradas en un análisis situado. Tal como señala el Observatorio de Género y Equidad (2022), Maipú concentra una de las tasas más altas de hogares monoparentales liderados por mujeres en la Región Metropolitana. Una gran parte de estos hogares se encuentra en zonas marcadas por la precariedad habitacional, bajos niveles de desarrollo social y acceso limitado a servicios básicos. Esta combinación de factores genera un escenario donde las mujeres no solo deben hacerse cargo del sustento económico, sino también enfrentar contextos cotidianos de inseguridad, hacinamiento y escasa presencia del Estado en sus territorios.

Por otro lado, es fundamental comprender que la idea de “jefatura de hogar” va mucho más allá del rol económico. No se trata solamente de quién sostiene financieramente a la familia, sino de cómo se articulan las dinámicas de poder, las responsabilidades y los afectos al interior del hogar. Reconocer a estas mujeres como protagonistas activas en la reproducción

social implica también cuestionar los modelos tradicionales de familia, donde históricamente se ha asignado el liderazgo al hombre. Avanzar hacia formas más equitativas de organización familiar supone también considerar otros factores, como la edad, el nivel educativo, la pertenencia étnica o incluso la condición migratoria, especialmente en comunas tan diversas como Maipú.

Por tanto, abordar la situación de las mujeres jefas de hogar en esta comuna exige mirar más allá de las cifras. Se requiere una comprensión profunda de los factores estructurales que perpetúan la desigualdad de género, así como de las barreras concretas que enfrentan en su vida cotidiana. No basta con implementar programas asistenciales, sino que es necesario articular políticas públicas que realmente respondan a sus necesidades, al mismo tiempo que se promuevan transformaciones culturales que distribuyan las tareas de cuidado y el valor simbólico del trabajo doméstico.

En definitiva, poner en el centro la problemática de las mujeres jefas de hogar en Maipú implica un compromiso con la equidad social y con la justicia de género. Solo mediante una mirada integral, que combine acción institucional, reconocimiento cultural y participación comunitaria, será posible avanzar hacia una sociedad donde todas las mujeres puedan ejercer sus derechos y construir sus proyectos de vida con autonomía y dignidad. En la comuna de Maipú, la realidad de muchas mujeres jefas de hogar cambia drásticamente cuando se observa con atención lo que ocurre en sectores como la Villa La Esperanza. En ese sector, el día a día está marcado por la presencia constante de la delincuencia y el narcotráfico, lo que genera un ambiente de miedo e incertidumbre. Para muchas mujeres que viven allí y que además llevan solas la responsabilidad de sus familias, salir a trabajar, llevar a los hijos al colegio o simplemente ir a comprar puede ser una actividad cargada de tensión. La inseguridad no es algo esporádico, es parte de la cotidianidad, y eso hace que la carga emocional y mental sea aún más pesada. No se trata sólo de sostener económicamente el hogar, sino de sobrevivir y proteger a su núcleo familiar en un entorno que muchas veces se siente completamente abandonado por el Estado.

A pesar de ese escenario tan complejo, muchas de estas mujeres no se quedan de brazos cruzados. Al contrario, han encontrado en la organización comunitaria un espacio para resistir y para acompañarse entre ellas. En la Villa La Esperanza, varias de ellas participan activamente en el voluntariado de la Fundación Acción Social y Voluntaria, donde han formado redes de apoyo fundamentales. En ese espacio no solo comparten herramientas para enfrentar la pobreza o la falta de oportunidades laborales, sino que también se acompañan desde lo emocional. Entre talleres, ayudas a los vecinos y espacios de conversación, estas mujeres construyen comunidad en medio de la adversidad. Se apoyan, se escuchan y, sobre todo, no se sienten solas frente a un sistema que muchas veces las deja fuera.

Aun con toda esta fuerza y organización, sigue haciendo falta mucho más. Las respuestas que han llegado desde el Estado o desde programas municipales a veces no se ajustan a la realidad específica de la Villa La Esperanza. Son medidas temporales, sin continuidad ni una mirada de largo plazo. Las mujeres que viven allí no piden caridad, piden dignidad: acceso a empleos seguros, protección real frente a la violencia, y una presencia estatal que no solo llegue cuando hay un operativo policial. Reconocerlas como jefas de hogar es también reconocer su rol como pilar de sus comunidades. Y si no se abordan sus necesidades de forma integral y con una perspectiva de género clara, será muy difícil romper con los ciclos de exclusión y desigualdad que marcan sus vidas y las de sus hijos e hijas.

| Relevancia interdisciplinar

El presente estudio aborda la situación económica y la responsabilidad de cuidado en mujeres jefas de hogar en Villa La Esperanza, comuna de Maipú, este se inserta en un tejido de problemáticas sociales profundamente complejas que no pueden ser abordadas desde una única disciplina. En este sentido, el trabajo social, como campo de saber y acción profesional, se alza como punto de articulación entre distintos enfoques teóricos y metodológicos provenientes de la sociología, la economía, los estudios de género, la antropología y la ciencia política. La investigación, situada en el contexto del voluntariado de la Fundación Acción Social y Voluntaria de Chile, busca identificar cómo se cruzan la precarización económica y la sobrecarga de trabajo no remunerado, entendiendo ambos fenómenos como dimensiones estructurales de la desigualdad de género.

Alfredo Carballada ha desarrollado un enfoque teórico en el que la intervención social es concebida como un dispositivo que organiza la acción profesional en contextos de alta complejidad. Este dispositivo articula prácticas, discursos y relaciones de poder que no son neutras, sino que están históricamente situadas y atravesadas por tensiones éticas y políticas. En palabras del autor, “la intervención debe ser pensada como una forma de producción de sentido sobre lo social, que actúa no sólo sobre los sujetos, sino con ellos y a través de ellos” (Carballada, 2002, p. 15). *La intervención en lo social. Exclusión y construcción de lo cotidiano. Paidós.*

Esta perspectiva resulta especialmente relevante para comprender cómo las mujeres jefas de hogar de Villa La Esperanza negocian con las instituciones sociales, muchas veces desde posiciones de subordinación o invisibilización.

Por otro lado, Carballada (2012) *la intervención en lo social. Una mirada desde lo cotidiano. Editorial Espacio*, dice que la intervención no se limita a resolver “demandas” inmediatas, sino que promueve una lectura crítica de la realidad, abriendo espacios de autonomía, participación y transformación. En contextos de pobreza urbana, como el de Villa La Esperanza, donde las políticas asistenciales tienden a individualizar los problemas sociales, esta mirada cobra especial sentido, las mujeres no son solo receptoras pasivas, sino actoras estratégicas en la producción y reproducción de la vida cotidiana.

Carlos Montaña, uno de los teóricos más influyentes del trabajo social latinoamericano, sostiene que la profesión debe ser entendida como una práctica política inscrita en la disputa por la interpretación y gestión de la cuestión social. *Montaña (2012) Trabajo social y cuestión social. Teoría y práctica en América Latina*. Editorial Cortez plantea que el trabajo social no puede limitarse a gestionar la pobreza o aplicar programas sociales prediseñados, sino que debe posicionarse críticamente frente a las estructuras que producen desigualdad y exclusión. Esta afirmación es fundamental para una investigación centrada en mujeres jefas de hogar, ya que permite problematizar cómo las políticas públicas frecuentemente focalizadas y asistencialistas refuerzan las lógicas patriarcales y neoliberales que asignan a las mujeres una doble carga: la generación de ingresos y el cuidado del hogar.

Por esto, *Montaña (2009) Trabajo social y cuestión social: Teoría y práctica en América Latina*. Editorial Cortez enfatiza que la pobreza no es solo una falta de ingresos, sino una manifestación de la exclusión estructural del acceso a derechos, tales como la salud, la educación, el trabajo digno y la seguridad social. Desde esta perspectiva, las condiciones de vida que enfrentan las mujeres de Villa La Esperanza no son una “anomalía” sino una expresión de la forma en que se organiza la sociedad. Por lo tanto, es imprescindible que la disciplina de trabajo social asuma un rol propositivo, transformador y vinculado al fortalecimiento de la ciudadanía social.

La académica chilena Teresa Matus ha contribuido significativamente al sostener al trabajo social desde una óptica que articula innovación, subjetividad y acción política. *Matus (2001) Innovación social y trabajo social: Aportes para una intervención en movimiento*. *Revista Trabajo Social*, (61), 25-38. propone que la intervención social no puede entenderse sólo como respuesta técnica a una necesidad, sino como práctica que configura y transforma las relaciones sociales, los imaginarios y las subjetividades. En su trabajo, destaca que el trabajo social debe actuar en el “borde” entre lo instituido y lo posible, generando espacios de creatividad e invención social.

Para la autora *Teresa Matus (2007), La intervención social como producción de subjetividad*. *Revista de Trabajo Social*, (70), 31-44. Las mujeres jefas de hogar no sólo resisten las condiciones estructurales adversas, sino que, en su quehacer cotidiano, generan nuevas formas de organización, solidaridad y sentido. Estas formas pueden leerse como expresiones de una ciudadanía activa y situada, que desafía los discursos hegemónicos de carencia. En el caso de Villa La Esperanza, el rol que estas mujeres ejercen en las redes comunitarias del voluntariado, así como en sus estrategias de sobrevivencia, constituye un ejemplo de cómo lo “social” no es algo dado, sino producido desde la experiencia y el vínculo que poseen las personas.

Por otro lado, tenemos a Margarita Rozas Pagaza que ha desarrollado una mirada profundamente situada sobre el trabajo social comunitario y su relación con las políticas públicas en América Latina. Según Rozas (2014), *Estado, territorio y acción social: Una*

mirada crítica desde América Latina. Ediciones Universidad Nacional. Las intervenciones sociales que realmente logran un impacto sostenible son aquellas que se construyen desde el territorio, reconociendo los saberes locales, las redes de apoyo y las formas organizativas propias de las comunidades. Su enfoque permite entender que, para las mujeres jefas de hogar, el cuidado no es una tarea individual, sino una práctica social colectiva, donde confluyen afectos, necesidades y estrategias de reciprocidad.

Rozas Pagaza (2010) *La intervención social en clave territorial. Cuadernos de Trabajo Social, (23), 145-162.* También advierte sobre los riesgos de las políticas públicas que promueven la “feminización” de la pobreza sin modificar las condiciones estructurales que la generan. En su opinión, es necesario desarrollar políticas integrales que reconozcan el valor económico y social del trabajo de cuidado, y que garanticen el acceso equitativo a recursos y oportunidades. Esta mirada resulta clave para analizar los límites del modelo de intervención social y para proponer alternativas centradas en el fortalecimiento del tejido social, la equidad de género y la justicia.

Esta mirada interdisciplinaria se adapta con las propuestas de los autores mencionados, quienes coinciden en la necesidad de problematizar los enfoques tradicionales y avanzar hacia intervenciones que reconozcan la complejidad, la historicidad y la agencia de los sujetos involucrados.

La situación de las mujeres jefas de hogar de Villa La Esperanza no puede ser comprendida en términos técnicos o administrativos. Se trata de una problemática social, estructural y política, que demanda una mirada crítica, situada e interdisciplinaria. A partir de los aportes de Carballada, Montaña, Matus y Rozas Pagaza, esta investigación propone un ejercicio reflexivo, que busca no sólo describir una realidad, sino contribuir a su transformación desde el trabajo social como praxis emancipadora.

| Marco teórico

La política social en América Latina surge como una respuesta del Estado frente a las desigualdades que afectan a distintos grupos de la población. Su propósito no es sólo entregar beneficios, si no identificar problemas estructurales y generar condiciones que permitan a las personas vivir con mayor bienestar y autonomía. En ese sentido, la política social funciona como un espacio donde se definen prioridades, se visibilizan necesidades y se diseñan acciones que buscan disminuir brechas históricas.

Un concepto clave para entender estas desigualdades es la vulnerabilidad social, que se relaciona con la dificultad que tienen algunos hogares para enfrentar riesgos cuando no cuentan con suficientes recursos o redes de apoyo. Esta vulnerabilidad no se explica únicamente por factores económicos, sino también por la falta de oportunidades de la debilidad de las redes familiares o comunitarias y la limitada, presencia de políticas públicas que acompañen de manera efectiva

Dentro de este campo surge la vulnerabilidad social, un concepto clave para comprender cómo ciertas familias enfrentan mayores riesgos. Kaztman (1999) plantea que “un hogar es vulnerable cuando los riesgos superan su capacidad de respuestas con los recursos disponibles” (p. 45). Esto significa que la vulnerabilidad no depende sólo de la falta de ingresos, sino también de la ausencia de redes, protección social y oportunidades reales de bienestar. En el caso de muchos hogares, sobre todo los encabezados por mujeres, estos factores se combinan de tal manera que generan una presión constante, dificultando la estabilidad laboral, el acceso a servicios y la posibilidad de proyectarse a futuro. Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad se entiende como un proceso dinámico y el soporte institucional disponible. Un elemento central para comprender esta situación es el trabajo y los roles de género. Gutiérrez Castañeda (2007) señala que históricamente a las mujeres se les ha asignado el rol de cuidadora y administradora emocional del hogar (pp.39-47). Estos mandatos culturales no sólo definen la expectativa social, sino que organizan la vida cotidiana, limitando el tiempo disponible para la formación, el trabajo remunerado o la participación comunitaria.

Cuando una mujer además encabeza un hogar, esta carga se intensifica, pues debe asumir simultáneamente el sustento económico y el cuidado del lugar. Esta doble responsabilidad no sólo surge por elección individual, sino por estructuras sociales que siguen entendiendo el cuidado como una tarea femenina y privada. En esa línea Arriagada (2007) indica que la persistencia de estereotipos y la falta de políticas de apoyo al cuidado generan desventajas acumuladas en la vida de las mujeres. Esto se evidencia en la precariedad laboral, la brecha salarial y la menor participación en trabajos formales, así la jefatura femenina aparece como un fenómeno complejo que va más allá de la ausencia de una pareja, se relaciona con condiciones históricas y sociales que afectan de manera desigual a las mujeres.

La mujer asume la responsabilidad total del sostenimiento material, emocional y organizativo del hogar. Diversas investigaciones en América Latina han evidenciado que los hogares encabezados por mujeres presentan mayores índices de pobreza, precariedad laboral y acceso limitado a redes de apoyo, precisamente porque las mujeres enfrentan barreras estructurales en el mercado laboral y el acceso a recursos sociales. A esto se suma la discriminación basada en estereotipos de género que supone que las mujeres deben priorizar el hogar por sobre el empleo remunerado, lo que restringe su inserción laboral y las deja expuesta a trabajos informales, mal remunerados o inestables.

A ello, se suma la dimensión de género, que permite comprender cómo las relaciones sociales, los roles asignados culturalmente y la distribución desigual del poder impactan en la experiencia cotidiana de hombres. Las desigualdades de género no sólo condicionan las posibilidades de participación social y económica, sino que también la forma en la que las políticas públicas se aplican y se diseñan. La discriminación hacia las mujeres jefas de hogar no es sólo directa, sino también institucional, muchas de las políticas sociales dirigidas a mujeres no consideran la sobrecarga doméstica, ni las necesidades específicas del cuidado, lo que dificulta la participación de ellas en programas laborales o comunitarios. Esta discriminación estructural se manifiesta en la falta de acceso a servicios como cuidado infantil, capacitación, flexible o apoyo emocional, reproduciendo un círculo de exclusión y de vulnerabilidad.

La vulnerabilidad que experimentan las mujeres no se explica únicamente por condiciones materiales, sino también por interacciones entre género, pobreza y discriminación. La precariedad económica limita su capacidad de proyectarse futuro, las responsabilidades de cuidado les impiden participar en espacios comunitarios o formativos, y la discriminación dificulta que sean reconocidas como sujetas de derecho. La suma de estas dimensiones genera una sobrecarga constante que impacta en su bienestar físico y emocional, así como su percepción de autonomía.

En síntesis, la intervención social no se reduce a entregar recursos ni ejecutar procedimientos técnicos, implica un proceso más profundo, donde se construyen vínculos, se genera confianza y se crea un sentido compartido entre las personas involucradas. A través de este proceso, las personas no sólo acceden a ayudas, sino que también participan en la construcción de nuevas formas de comprender su realidad, lo que les permite fortalecer sus capacidades y avanzar hacia mayor autonomía. Desde esta mirada, el trabajo social se configura como una práctica humanizadora, que reconoce las historias, los contextos y la subjetividad de cada persona no se trata solo de resolver problemas inmediatos, sino acompañar procesos que abran posibilidades que fortalezca el tejido comunitario, y que permitan que las personas recuperen o construyan un sentido de protagonismo en su propia vida.

| Mujer jefa de hogar: Reconocimiento de fortalezas.

Hablar de mujeres jefas de hogar es hablar de historias marcadas por esfuerzos silenciosos, largas noches sin descanso, responsabilidades que se acumulan y una fortaleza que rara vez es reconocida por la sociedad. Sin embargo, dentro de sus relatos aparece algo que sostiene, impulsa y resignifica el desgaste cotidiano que se experimenta.

El reconocimiento de fortalezas en mujeres jefas de hogar aparece como un proceso emocional y simbólico que opera en el centro de sus vidas cotidianas. No se trata únicamente de identificar habilidades o capacidades, sino comprender cómo estas mujeres logran resignificar su historia, encontrar un sentido en su esfuerzo y sentir orgullo en momentos marcados por inestabilidad, sobrecarga y la falta de apoyo.

En los relatos recopilados de las entrevistas realizadas a las mujeres jefas de hogar, pertenecientes a la comuna de Maipú, se logra ver que el reconocimiento que proviene del entorno más íntimo, especialmente de los hijos, emerge como un elemento fundamental en la construcción de autoestima y en la confirmación del valor personal. Cuando los hijos agradecen, reconocen el esfuerzo de sus madres, ese gesto se transforma en una validación emocional que otorga sentido al sacrificio diario. Este tipo de reconocimiento constituye a una forma de empoderamiento relacional, es decir, un fortalecimiento que nace desde los vínculos afectivos más cercanos y que adquiere un peso transformador en contextos donde las instituciones, las parejas o la sociedad no suelen brindar valoración.

Sin embargo, el reconocimiento no proviene solo del entorno, en muchas mujeres aparece una capacidad de auto reconocerse de su propia trayectoria y valorar lo que han logrado a pesar de las dificultades. Este reconocimiento interno se convierte en un acto de afirmación personal que, como señala Lagarde (2021), permite a las mujeres reconocerse como sujetas capaces, resistentes y dignas, aun cuando el entorno social no valide las experiencias. Este auto reconocimiento se transforma en una herramienta emocional que sostiene la identidad y la autoestima frente a la carga constante del cuidado y la responsabilidad económica.

Según el Ministerio del Desarrollo Social y Familia (2022) los estudios sobre jefatura femenina en Chile muestran que estas mujeres enfrentan mayores cargas domésticas y menor acceso a apoyos formales, pero aun así presentan altos niveles de autoeficacia. La aparente contradicción se explica cuando se analizan los relatos de las entrevistadas, el reconocimiento afectivo y el autoconocimiento opera como un contrapeso frente a la continuidad de la vulnerabilidad estructural.

En síntesis, el reconocimiento de fortalezas no es solo un proceso emocional, es una forma de resistencia cotidiana frente a un sistema que suele invisibilizar el trabajo del cuidado y desvalorizar su rol. El reconocimiento, tanto interno como externo, les permite reafirmar su dignidad, reconstruir su autoestima y sostener la vida familiar en contexto adversos.

| Género: Feminización de la pobreza

Cuando hablamos de Género nos referimos a un concepto estrictamente instaurado y modificado por la sociedad chilena dependiendo de los diversos contextos de las personas, pero que está arraigado fuertemente con las mujeres y su condición de pobreza.

Según la académica Griselda Gutiérrez Castañeda: “El género es un concepto que además de abrir toda una serie de posibilidades teórico-explicativas, le es inherente un sello que está plasmado en su ánimo crítico, en su voluntad de denuncia y en sus pretensiones reivindicadoras: su esencia política. En efecto, ni las explicaciones sustancialistas, biologicistas o histórico- materialistas, podían explicar por qué la diferencia sistemáticamente se trastoca en desigualdad. Ciertamente, la lógica binaria puede estar a la base de la estructuración de nuestro pensamiento, del discurso como sistema de diferencias, de nuestras construcciones interpretativas del mundo y, en una primera aproximación, de la propia estructuración biológica de los sexos. Pero cuando hablamos de desigualdades, hablamos de algo que, aunque la suponga, desborda la lógica binaria” (Gutiérrez Castañeda, 1997, p. 39–47)

Esto refiere a una construcción social que organiza roles, expectativas y relaciones de poder entre hombres y mujeres, y cómo esto nos permite visibilizar y reflexionar la desigualdad existente dentro de la sociedad. Por otro lado, tenemos el concepto y en nuestro caso la subcategoría de feminización de la pobreza que la académica Paula Lucía Aguilar sostiene que: “El concepto ‘feminización de la pobreza’ se refiere a la sobrerrepresentación de las mujeres entre los pobres, y a su mayor vulnerabilidad estructural como resultado de la intersección entre pobreza y género” (Aguilar, 2011, p. 127).

En otras palabras, la feminización de la pobreza se entiende como una tendencia estructural en la que las mujeres, especialmente las jefas de hogar o dueñas de casa se encuentran en un nivel más alto de pobreza o en condiciones más vulnerables frente a los hombres, netamente por discriminación de género, carga de cuidado con sus hijos y con su hogar, trabajo no remunerado, precariedad laboral, trabajos informales, ingresos más bajos, etc.

Desde la mirada de feminización de la pobreza las mujeres no solo enfrentan la pobreza económica, sino también la falta de tiempo, el desgaste físico y emocional, y la carencia de reconocimiento social por las labores que sostienen la vida. Su testimonio de “agotamiento” refleja las consecuencias cotidianas de esta sobrecarga, pero en paralelo, evidencia una capacidad de resistencia: “no sé de dónde saco fuerzas, pero la hago”. En ambos relatos, describen que la experiencia de ser mujer jefa de hogar en contextos de vulnerabilidad, no se reduce a una condición económica, sino que implica una vivencia integral atravesada por el género, las emociones, el sentido de responsabilidad, la carga de cuidado y la lucha por la subsistencia. Estas mujeres encarnan una forma de resistencia, sosteniendo hogares y familias enteras desde el trabajo invisibilizado del cuidado.

Además, este reconocimiento adquiere un valor aún mayor cuando se analiza en contextos donde históricamente las mujeres han sido responsabilizadas del bienestar familiar sin recibir validación social ni institucional. Para muchas de ellas, reconocer sus propias capacidades implica desafiar narrativas internalizadas que las han situado en lugares de sacrificio silencioso. Al redefinir su valor personal, estas mujeres no solo reconfiguran la manera en que se perciben, sino también la forma en que se posicionan frente a los desafíos cotidianos. Este proceso las impulsa a tomar decisiones más seguras, buscar nuevas oportunidades y reafirmar límites que durante años sintieron imposibles de establecer.

Asimismo, el reconocimiento de fortalezas puede ser entendido como una forma de reparación simbólica frente a experiencias pasadas de violencia, abandono o desvalorización. En varios relatos, las mujeres mencionan que, por primera vez en su vida, se están permitiendo verse desde un lugar de dignidad y capacidad, lo que abre caminos hacia formas más saludables de vincularse consigo mismas y con su entorno. Esta transformación subjetiva no elimina las desigualdades estructurales que enfrentan, pero sí genera un soporte emocional que amplía sus márgenes de acción, permitiéndoles imaginar futuros posibles donde su valor no dependa exclusivamente de cumplir con demandas externas, sino del reconocimiento profundo de sus propias trayectorias.

| Metodología

La presente investigación se desarrolló bajo un paradigma epistemológico, que busca comprender la experiencia de la jefatura femenina, desde sus propias experiencias vividas, considerando los significados que ellas construyen en torno a la maternidad, el cuidado, la sostenibilidad emocional y económica de sus hogares. Dado que se trata de una realidad atravesada por desigualdades estructurales, trabajos informales y escaso apoyo institucional, optamos por una metodología que permitiera acercarse a sus experiencias desde una mirada situada, cercana y humana.

La investigación se basa en un enfoque cualitativo- fenomenológico, entendido según Vasiliachis de Gialdino (2017) como una vía para acceder a la manera en que las personas experimentan y significan su vida cotidiana. Este enfoque no se limita a describir hechos externos, más bien permite comprender cómo las mujeres se sienten, interpretan y dan sentido a las condiciones que deben enfrentar diariamente. Desde esta mirada, la voz de cada participante se vuelve un elemento central, ya que sus testimonios personales son la vía más directa para comprender las dimensiones emocionales, simbólicas y relacionales que atraviesan su experiencia como jefas de hogar.

De esta forma, se empleó un diseño de estudio de caso, centrado en las mujeres jefas de hogar de la Villa La Esperanza II, en la comuna de Maipú. Este tipo de diseño permite situar la investigación en un territorio afectado por vulnerabilidad social, observando cómo el contexto influye en las prácticas de cuidado, en la organización del hogar y en las estrategias de supervivencia. El estudio, facilita observar particularidades de un entorno comunitario

donde las redes de apoyo son escasas, las responsabilidades domésticas recaen principalmente en las mujeres y las oportunidades laborales son inestables. Esta delimitación nos permitió realizar un análisis profundo, situado y coherente con la realidad social.

En cuanto al tipo de estudio, la investigación se inscribe dentro de un estudio exploratorio-descriptivo, pues aborda un fenómeno poco documentado desde enfoques cualitativos, ya que la mayoría de las investigaciones sobre mujeres jefas de hogar se han centrado en análisis estadísticos o socioeconómicos. Sin embargo, existe limitada producción que explore la experiencia emocional, relacional y simbólica de estas mujeres desde sus propios relatos, especialmente en contextos de vulnerabilidad.

Este tipo de estudio permite identificar patrones, significado y dimensiones emergentes que enriquecen la comprensión del fenómeno, De este modo, el universo estuvo compuesto por mujeres jefas de hogar residentes en Villa la Esperanza II, para la selección se utilizó una muestra intencionada, incorporando a mujeres que:

- Sostienen el hogar económica y emocionalmente
- Tienen responsabilidad de cuidado
- Han enfrentado trabajos informales o falta de redes de apoyo
- Se reconocen o son reconocidos como principales responsables del hogar

Esta selección nos permitió obtener relatos significativos y coherentes con los objetivos del estudio.

La técnica principal utilizada para la producción de información fue la entrevista semiestructurada, ya que permite un diálogo abierto, cercano y respetuoso. Este formato nos facilitó explorar de manera profunda temas como el reconocimiento afectivo, la relación con los hijos, la carga emocional y económica que tienen, la sobrevivencia, la experiencia de cuidados y las estrategias que cada mujer ha construido para sostener a su familia y el hogar.

El análisis se realizó con una codificación temática, identificación patrones, dimensiones y sentidos compartidos en los relatos, este proceso da origen a reconocimientos de fortalezas y la feminización de la pobreza así mismo, desarrollando este análisis siguiendo el un enfoque integral de análisis social que considera dimensiones materiales, simbólicas y relacionales, que propone comprender la realidad desde las tres dimensiones interconectadas: La dimensión simbólica permite entender cómo las mujeres significan su propio rol, como construyen su identidad y cómo resignificar sus historias a través del reconocimiento afectivo, especialmente el proveniente de sus hijos. La dimensión relacional ayuda a identificar las dinámicas afectivas, los apoyos disponibles, los vínculos familiares y las tensiones derivadas de la falta de soporte institucional o de pareja. Y, por último, la dimensión material permitió comprender las condiciones económicas, laborales y domésticas que estructuran su vida cotidiana y que condicionan sus posibilidades de autonomía.

En síntesis, el enfoque integral de análisis social que considera dimensiones materiales, simbólicas y relacionales nos permite ordenar el análisis desde una mirada integral, acotando no solo lo que viven las mujeres, sino cómo lo viven, lo sienten y lo interpretan, articulando sus relatos con las condiciones estructurales que atraviesan su experiencia.

| Análisis e interpretación de la información

| Categoría: Vulnerabilidad

| Subcategoría: Riesgos y dificultades cotidianas

La vida cotidiana de las mujeres jefas de hogar en contextos de vulnerabilidad está marcada por una serie de riesgos y dificultades que afectan tanto su bienestar emocional como su capacidad de sostener a sus familias. Estas dificultades no solo se refieren a la falta de recursos materiales, como ingresos insuficientes o acceso limitado a servicios básicos, sino también a la sobrecarga del trabajo de cuidado, el estrés emocional y la exposición a situaciones de riesgo social y psicológico. En la mayoría de los casos nuestras entrevistadas asumen toda esta responsabilidad de manera individual, debiendo cumplir con múltiples tareas del hogar, más sus hijos, la escuela, la comida, sin contar con redes de apoyo hacia ellas ni tampoco pudiendo descansar. Analizar estas experiencias permiten comprender cómo la vulnerabilidad se vive de manera integral y multidimensional, donde lo económico, lo afectivo y lo social se entrelazan constantemente.

Esta subcategoría, se centra en comprender cómo las mujeres experimentan y enfrentan los desafíos diarios, desde cómo gestiona la economía doméstica hasta la regulación de emociones intensas por pérdidas, inseguridad o estrés, con el objetivo de visibilizar las estrategias de resistencia y los factores que condicionan su bienestar integral. Es por ello, que cabe mencionar la importancia y la capacidad que tienen estas mujeres de salir adelante, ya que muchas de ellas presentan resiliencia, enfrentando los desafíos de su día a día con ingenio y sacrificio, siempre priorizando la salud física y mental de sus hijos sobre cualquier otra cosa. Sin embargo, esta fortaleza se dramatiza por la sociedad, y se oculta un desgaste emocional y físico que no es reconocido políticamente ni socialmente.

Los relatos seleccionados evidencian de manera contundente cómo las mujeres de Villa La Esperanza experimentan la vulnerabilidad no sólo como un fenómeno material, sino también emocional y psicosocial.

En el primer relato, una participante expresa:

Es que desde que falleció mi hijo me da miedo salir porque me dan crisis de pánico. Desde que él se fue me cambió todo porque a veces me viene una desesperación, cuando estoy sola en la calle, me da una angustia en el pecho como de no poder respirar y me dan ganas de puro volar, que alguien me atienda rápido en el consultorio por ejemplo e irme al tiro pa' la casa. Esto me pasa súper

seguido, por eso casi ni salgo a menos que esté acompañada porque me da miedo de verdad, porque uno siente que en cualquier momento le va a venir esa cuestión y ahí va a quedar, mal y tirá en la calle. Por eso prefiero estar en mi casa, donde estoy más tranquila. E2/R.D.C

Este relato evidencia cómo la vulnerabilidad se manifiesta en formas de angustia y ansiedad intensa, influida por experiencias de pérdida y duelo. La participante describe síntomas de crisis de pánico, miedo a quedarse sola y necesidad de acompañamiento constante para poder salir a la calle, lo que demuestra la interacción entre factores emocionales y contextuales que limitan su autonomía y movilidad. Desde la mirada del Trabajo Social, esta experiencia refleja cómo los eventos traumáticos pueden intensificar la exposición a riesgos cotidianos, generando una interdependencia entre la salud mental, la seguridad y la capacidad de participación en la vida comunitaria. Por otro lado, esto evidencia el claro aislamiento que sufren estas mujeres, porque si se ve con otra mirada el hogar se transforma en su refugio y prisión al mismo tiempo. Ya que el miedo, la ansiedad y tristeza se mezclan con la obligación que sienten de seguir funcionando, de mantener la casa y sus hijos, aun cuando el bienestar propio se encuentra deteriorado.

Esto concuerda con los hallazgos de diversos estudios nacionales sobre salud mental, los cuales advierten una brecha persistente entre hombres y mujeres, evidenciando una mayor carga emocional y niveles de ansiedad en ellas. Este fenómeno da cuenta de cómo las mujeres, especialmente aquellas que son jefas de hogar y se encuentran en condiciones de precariedad, asume múltiples responsabilidades que impactan directamente en su bienestar psicológico.

Esta realidad tiene rostro y una historia, son mujeres que, pese a la sobrecarga y cansancio, tienden a invalidar su propio malestar para no preocupar a los demás. En muchos casos naturalizan el sacrificio y el agotamiento como parte del rol que se les ha impuesto socialmente, aun cuando el cuerpo y la mente expresan la necesidad de detenerse y cuidar de sí mismas.

En el segundo relato, otra participante describe las dificultades materiales y la presión constante por sostener a sus hijos:

Ay, mira, te voy a contar, porque la vida diaria, pa' mí, no es nada fácil, po. Lo más difícil... uff, son un montón de cosas juntas. Primero, la plata, ¿cachai? Siempre faltando, siempre tratando de estirla pa' que alcance pa' los cabros, pa' la comida, pa' la ropa, pa' todo. Hay días que llego a la casa y me doy cuenta de que ya no queda nada, que el gas se terminó, que hay que comprar leche, pan, detergente, cositas así, y uno tiene que estirar hasta lo último. Y lo peor es que uno siempre trata de que los cabros no sufran, que tengan su cosita pa' comer, pa' vestirse, pa' que no les falte nada. Eso desgasta, te quita energía, y no es como que te ayude alguien a aliviarlo de verdad, po. E6/R.S.C

Este testimonio visibiliza cómo la vulnerabilidad se vive en el día a día, a través de la falta de recursos económicos y la sobrecarga del trabajo de cuidado, especialmente en el contexto de mujeres jefas de hogar. La necesidad constante de organizar los ingresos hasta el límite refleja la presión estructural y la escasez de apoyo real, lo que produce un desgaste físico y emocional que se acumula con el paso del tiempo. Esta por más que sea que sea una decisión cotidiana de comprar pan o gas se esconde una carga mental enorme que bajo este contexto sólo recae exclusivamente en estas mujeres. Este es un ejercicio permanente que tienen que realizar que demuestra la supervivencia en la que viven, ya que eligen un recurso o el otro para poder subsistir

Esta experiencia nos muestra que la pobreza no es solo material, sino también simbólica y puede afectar la autoestima, y las posibilidades de construir redes de apoyo sólidas. Muchas de estas mujeres se sienten culpables de cierto modo de no poder “dar más”, como si la vulnerabilidad y pobreza dependiera solo del esfuerzo que ellas hacen, cuando realmente responde a una estructura social que sigue reproduciendo la desigualdad y la feminización de la pobreza.

Estudios recientes en Chile han evidenciado que las mujeres jefas de hogar son uno de los grupos con mayor riesgo de estrés y agotamiento, debido a la combinación de precariedad económica, sobrecarga doméstica y falta de corresponsabilidad social (ComunidadMujer, 2023; PRODEMU, 2023). Estos factores impactan directamente en su salud mental y bienestar familiar, lo que demanda intervenciones sociales que aborden de manera simultánea la dimensión económica y la emocional. Desde el trabajo social es crucial fortalecer las políticas públicas relacionadas a estos temas como por ejemplo que promuevan la corresponsabilidad, el acceso a redes de apoyo comunitarias, en la generación de espacios seguros en donde las mujeres se sientan acompañadas y apoyadas para reconstruir su bienestar. No solo buscando intervenir en lo material sino en dignificar las experiencias de las mujeres, reconociéndolas y dándoles voz.

| Subcategoría: Limitación de oportunidades educativas o laborales

Las mujeres jefas de hogar enfrentan una serie de barreras estructurales que limitan su acceso a oportunidades educativas o laborales, reproduciendo ciclos de desigualdad y vulnerabilidad social. La carga de responsabilidades domésticas y de cuidado, generalmente asumida sólo por la mujer, restringe el tiempo y la energía disponible para la formación o inserción laboral estable. A esto sumarle la persistencia de estereotipos de género, brechas salariales y la falta de redes de apoyo que faciliten la conciliación entre el trabajo remunerado y las tareas del hogar.

Estas limitaciones no solo impactan en el desarrollo personal y profesional de las mujeres, sino también en el bienestar integral de sus familias, profundizando la feminización de la pobreza y la exclusión social.

El siguiente testimonio lo refleja claramente:

Sí, quiero terminar la media. Siento que me abriría más puertas, podría postular a más trabajos. Pero me cuesta, porque tengo niños chicos y no tengo con quién dejarlos en la noche. E1/L.O.E.L

Aquí se refleja claramente como muchas mujeres se ven limitadas en sus oportunidades, por razones que no tienen que ver con la falta de motivación, sino con las condiciones que la rodean. Aquí una entrevistada muestra las ganas de superarse, de terminar sus estudios, pero se encuentra con una barrera; que es el cuidado de los hijos.

Esto evidencia una vulnerabilidad que no es sólo económica, sino también estructural y de género, porque como dice Teresa Matus, la vulnerabilidad no se puede entender sólo desde la falta de recursos, sino desde las relaciones sociales que la sostienen, en este caso, el sistema sigue esperando que las mujeres sean las principales cuidadoras, pero sin ofrecerles un apoyo real para compatibilizar.

También se percibe la vulnerabilidad cotidiana, que se vive día a día en las cosas más simples, como es querer estudiar, pero no poder porque no hay con quien dejar a los niños. Son esas pequeñas cosas las que van limitando los proyectos de vida y reforzando desigualdades. no se trata sólo de ofrecer becas o cursos a las mujeres, sino de mirar el contexto completo. Si una madre que no tiene redes de apoyo si los horarios educativos no se adaptan a su realidad si el Estado no asume parte del cuidado entonces la oportunidad no es realmente igual para todos, por eso como dice Carballeda, el trabajo social debe entender las escenas de vulnerabilidad como escenarios sociales complejos, donde los problemas no se reducen a lo personal, sino que están atravesados por múltiples determinantes sociales que limitan la autonomía de las personas.

El relato de la entrevistada lo evidencia:

Porque hay pega, pero por ratos no más. Te dan un mes, dos meses, y después chao. Y además una que es dueña de casa, ya está acostumbrada a su rutina, a su casa, a tener todo limpio, el pan, el almuerzo listo. Entonces salir a trabajar igual es un cambio grande. Y no se valora mucho ese trabajo del hogar po, que también es trabajo, y harto. Porque imagínese yo trabajara, estaría el despelote en mi casa. E3/L.O.E.L

Este testimonio nos parece fuerte, ya que muestra la tensión entre el deseo de trabajar y el peso del rol tradicional asignado a las mujeres. La entrevistada reconoce que el trabajo doméstico es un trabajo real, cansador y constante, pero a la vez expresa como socialmente no se le da el valor que merece. Aquí se nota la invisibilización del trabajo del cuidado, que es una de las principales formas de desigualdad de género, ella misma lo dice “*si saliera a trabajar su casa quedaría desordenada*” lo que refleja que todo el peso de las tareas domésticas recae en ella, no hay una distribución equitativa en el hogar ni en la sociedad.

Lo que ocurre en el espacio doméstico (el pan, el almuerzo, la casa limpia) no es sólo una rutina familiar, si no es una manifestación de cómo el sistema patriarcal organiza los roles. Mientras ese trabajo siga sin reconocimiento, las mujeres van a seguir teniendo menos oportunidades laborales, porque sus tiempos y su energía están absorbidos por el cuidado del hogar y familia.

Lo que nos comentó la entrevistada, nos invita a pensar en cómo intervenir, reconociendo las múltiples jornadas que viven ya que, no se trata sólo de integrarlas al mundo laboral, sino que también generar condiciones reales de igualdad, flexibilidad laboral, redes de cuidado, reconocimiento simbólico y económico del trabajo doméstico. Qué más podemos decir del último relato.

El siguiente testimonio nos muestra otra visión:

Ay, mire, yo siempre he querido aprender cosas nuevas, po, capacitarme, salir adelante, porque una no puede quedarse pegada. Por eso estudié, hice la nocturna, saqué mi cuarto medio y hasta estudié enfermería en la mañana. Me costó hartó, porque tenía que dejar a mis hijos en la extensión hasta las 7 de la tarde, y las tías me los cuidaban mientras yo hacía mi práctica o me ponía a estudiar atrás. Les pasaban hojitas y lápices pa' que dibujaran, y yo ahí, estudiando y mirando que no se me arrancaran, po. Todo eso lo hice pa' aprender, pa' poder tener un futuro mejor, porque si una no se mueve, no pasa nada. E6/L.O.E.L

Lo que expresa la vecina tiene algo muy esperanzador, porque a pesar de las dificultades, la mujer salió adelante. Aquí aparece la idea de resiliencia social, esa capacidad de resistir y seguir buscando salidas aun cuando todo parece estar en contra. Ella nos habla de una lucha constante, que resume lo que muchas mujeres viven; compatibilizar estudio, trabajo, cuidado y vida personal, todo el mismo tiempo, sin embargo, lo que más destaca en su sentido, ella no se queda en la queja, sino que actúa, busca soluciones, estudia se organiza con otras mujeres, lo que muestra que la red comunitaria femenina sigue siendo una fuente de apoyo clave.

Mirando desde lo social, nos invita a mirar la vulnerabilidad, no sólo como carencia, sino también como potencial de transformación. Teresa Matus plantea que el trabajo social debe recuperar el sentido de intervención como un acto político donde acompañar a una mujer en su proceso educativo, no es sólo apoyarla individualmente, sino también contribuir a desmontar estructuras que la excluyen.

| Categoría: Género

| Subcategoría: Feminización de la pobreza

Cuando hablamos de Género nos referimos a un concepto estrictamente instaurado y modificado por la sociedad chilena dependiendo de los diversos contextos de las personas, pero que está arraigado fuertemente con las mujeres y su condición de pobreza.

Según la académica Griselda Gutiérrez Castañeda: “El género es un concepto que además de abrir toda una serie de posibilidades teórico-explicativas, le es inherente un sello que está plasmado en su ánimo crítico, en su voluntad de denuncia y en sus pretensiones reivindicadoras: su esencia política. En efecto, ni las explicaciones sustancialistas, biologicistas o histórico- materialistas, podían explicar por qué la diferencia sistemáticamente se trastoca en desigualdad. Ciertamente, la lógica binaria puede estar a la base de la estructuración de nuestro pensamiento, del discurso como sistema de diferencias, de nuestras construcciones interpretativas del mundo y, en una primera aproximación, de la propia estructuración biológica de los sexos. Pero cuando hablamos de desigualdades, hablamos de algo que, aunque la suponga, desborda la lógica binaria” (Gutiérrez Castañeda, 1997, p. 39–47). Esto refiere a una construcción social que organiza roles, expectativas y relaciones de poder entre hombres y mujeres, y cómo esto nos permite visibilizar y reflexionar la desigualdad existente dentro de la sociedad. Por otro lado, tenemos el concepto y en nuestro caso la subcategoría de feminización de la pobreza que la académica Paula Lucía Aguilar sostiene que: “El concepto ‘feminización de la pobreza’ se refiere a la sobrerrepresentación de las mujeres entre los pobres, y a su mayor vulnerabilidad estructural como resultado de la intersección entre pobreza y género” (Aguilar, 2011, p. 127).

En otras palabras, la feminización de la pobreza se entiende como una tendencia estructural en la que las mujeres, especialmente las jefas de hogar o dueñas de casa se encuentran en un nivel más alto de pobreza o en condiciones más vulnerables frente a los hombres, netamente por discriminación de género, carga de cuidado con sus hijos y con su hogar, trabajo no remunerado, precariedad laboral, trabajos informales, ingresos más bajos, etc.

Esta categoría nos permite ver que la pobreza no es neutral al género, sino que se está distribuyendo de una manera desigual porque las mujeres enfrentan barreras para poder acceder a recursos, ayudas, empleos, autonomía económica entre otras. Tal como lo señalan estos relatos:

Ha sido difícil... muy difícil. Uno tiene que luchar por todo, por darles estudio, comida, abrigo... y siempre sola. Pero también me ha dado fuerza. Cuando uno ve a sus hijos crecer, uno siente que todo el esfuerzo valió la pena. E5/F.D.P

Agotador igual pero una se acostumbra. A veces no sé de dónde saco fuerzas, pero la hago. Hay días que me levanto sin ganas, pero igual sigo y le doy nomas. No puedo parar porque si para no comen y no hay nadie más que lo haga. A

veces pienso que si me pasara algo ni dios lo quiera, no sé qué sería de los chiquillos, quizás aquí en la fundación harían algo, ya me puse trágica jaja. Pero igual pienso hartito en eso. E7/F.D.P

Estos testimonios reflejan de manera profunda y emotiva como las mujeres jefas de hogar asumen totalmente en solitario ser el sustento económico, emocional, la responsabilidad del hogar, el tema afectivo con sus hijos. Las entrevistadas expresan una carga de manera constante sobre sus vidas lo que visualiza una sobrecarga de roles, que se ha impuesto históricamente en las mujeres en contextos de desigualdad estructural.

Por otro lado, se observa que en base a los relatos hay algo en común que es una mezcla de cansancio y orgullo a la vez, ya que el sacrificio de estas mujeres se transforma en un modo de vida y en una forma de resistencia. Todas estas mujeres no se permiten descansar ningún día porque saben que su hogar depende al 100% de ellas y de su esfuerzo lo que genera una tensión y una sobrecarga permanente entre el deber, el amor y la necesidad.

En base al Género y según lo expresado por las mujeres esto se considera una consecuencia directa con la división sexual del trabajo, en donde las mujeres siguen siendo las responsables del cuidado de la casa y de sus hijos, mientras se enfrentan a condiciones de precariedad, como lo es el acceso a empleo, ausencia de redes de apoyo, inseguridad territorial, etc.

Esta manera de vida no solo refleja un patrón histórico hacia las mujeres dueñas de casa sino una persistencia de estas estructuras sociales que siguen haciendo responsable a las mujeres de sostener la vida, sin garantizar las condiciones materiales, emocionales, ni la responsabilidad para hacerlo. En muchos de los casos de las entrevistadas las oportunidades de insertarse en el mercado laboral son informales lo que profundiza aún más la incertidumbre y refuerza el círculo de la pobreza en la que están

En ambos relatos se percibe la carga de lo que es la jefatura femenina, en donde estas mujeres tienen que tomar el rol de proveedoras y cuidadoras, sin el apoyo o una corresponsabilidad social o del Estado. Esta condición se relaciona a la feminización de la pobreza entendida como lo señala Aguilar (2011) como la sobrerrepresentación de las mujeres entre los sectores más vulnerables, debido a la intersección entre la desigualdad de género, el trabajo y la precariedad económica. La jefatura femenina, en el contexto de la Villa la Esperanza es una experiencia vital que tiene un peso simbólico y emocional, ya que las mujeres al tener que hacerse cargo de todo asumieron roles que históricamente se consideraban masculinos, pero sin los privilegios ni los recursos asociados a ellos, lo que las deja en un terreno de esfuerzo y exposición constante.

El primer relato muestra el valor que le otorgan las jefas de hogar al esfuerzo y la maternidad como una fuente de fortaleza. Aquí el amor se convierte en una estrategia frente a la demanda de cuidado, pero también se reproduce la normalización del sacrificio femenino como destino social. O sea que las mujeres encuentran cierta satisfacción en el cumplimiento de su rol, pero

este mismo sigue condicionado por las exigencias sociales y culturales de cuidado que recaen exclusivamente en ellas. En este sentido esto se convierte paradójicamente en un mecanismo de resistencia y autoestima, pero también es una trampa emocional, porque continúan con la idea de que el sufrimiento y la vulnerabilidad es parte natural de ser madre o de ser mujer. Sin embargo, el extracto del relato nos deja ver la dignidad y el amor con la que enfrentan su realidad estas mujeres, ya que son una fuerza silenciosa e invisibilizada que sostiene a la familia.

En el segundo testimonio, una conciencia de la carga y el peso total de responsabilidad en ellas, sin posibilidad de descanso o sustitución. Este relato es revelador porque muestra la ausencia del Estado y de redes de apoyo que podrían tener, además de evidenciar la fragilidad en la que viven muchas mujeres jefas de hogar en que una enfermedad, un accidente o una pérdida de ingresos podría desestabilizar completamente a su familia. En este fragmento hay un claro temor hacia el futuro, ya que se ve una sensación constante de vulnerabilidad, donde cualquier imprevisto amenaza directamente la estabilidad del hogar. No hay posibilidades de enfermarse, no para descansar o fallar porque los hijos y su bienestar depende de si es capaz de seguir adelante día tras día. Esta presión se acumula y puede generar problemas de salud física y mental

Desde la mirada de feminización de la pobreza las mujeres no solo enfrentan la pobreza económica, sino también la falta de tiempo, el desgaste físico y emocional, y la carencia de reconocimiento social por las labores que sostienen la vida. Su testimonio de “agotamiento” refleja las consecuencias cotidianas de esta sobrecarga, pero en paralelo, evidencia una capacidad de resistencia: “no sé de dónde saco fuerzas, pero la hago”. En ambos relatos, describen que la experiencia de ser mujer jefa de hogar en contextos de vulnerabilidad, no se reduce a una condición económica, sino que implica una vivencia integral atravesada por el género, las emociones, el sentido de responsabilidad, la carga de cuidado y la lucha por la subsistencia. Estas mujeres encarnan una forma de resistencia, sosteniendo hogares y familias enteras desde el trabajo invisibilizado del cuidado.

Desde el trabajo social es fundamental reconocer estos relatos, ya que no son solo testimonios de sufrimiento sino también de empoderamiento, porque a pesar del cansancio y las barreras que puedan existir, estas mujeres siguen creando estrategias para sobrevivir, para tener esperanza y poder crear un futuro mejor para sus hijos. Es por esto que el acompañamiento profesional debe de tener como foco el fortalecer las redes de apoyo, validar sus experiencias y poder promover una transformación estructural y social que no las obligue a cargar con el peso de su realidad solas.

| Categoría: Mujeres jefas de Hogar

| Subcategoría: Reconocimiento de fortalezas

El reconocimiento de las fortalezas constituye un eje esencial dentro del proceso de empoderamiento y bienestar subjetivo de las mujeres jefas de hogar, especialmente en

contextos de vulnerabilidad social. Desde una mirada psicosocial, identificar y valorar las propias capacidades, resistencias y logros cotidianos, permite construir la autoestima y resignificar las experiencias de sacrificio que acompañan su rol.

En los relatos de las participantes se aprecia cómo el reconocimiento proveniente del entorno familiar, especialmente de los hijos, opera como un elemento simbólico que valida su trabajo y su identidad como madres cuidadoras y proveedoras. Así lo expresa un entrevistada:

Me hace sentir orgullosa ver que mis hijos estudian, que avanzan. Cuando me dicen 'pasé de curso, mamá', yo me emociono. Porque sé todo lo que hay detrás, las noches sin dormir, las preocupaciones, los sacrificios. E1/R.F.P

El orgullo que la participante siente frente a los logros de sus hijos refleja una forma de reconocimiento afectivo en la que el esfuerzo cotidiano adquiere sentido a través de los vínculos familiares. Este tipo de validación emocional representa lo que Arraigada (2020) denomina empoderamiento relacional; un proceso de fortalecimiento que surge del lazo afectivo más que del reconocimiento institucional o económico.

Desde la teoría del reconocimiento de Axel Honneth (1997), la identidad se construye a partir de relaciones de aceptación mutua, donde el afecto, la estima y el respeto son fundamentales para el desarrollo de la autoconfianza.

En este sentido, el vínculo de madre e hijo se constituye como un espacio de amor recíproco, en el que la mujer reafirma su valor, no sólo como cuidadora, sino como persona capaz de sostener y acompañar el desarrollo del otro.

Esta dimensión afectiva del reconocimiento cumple un rol reparador, falta de apoyo, social o institucional, el cariño y la gratitud de los hijos devuelven significado al esfuerzo invisibilizado, transformándolo en fuente de orgullo y resistencia. Tal como señala Arraigada (2020), muchas mujeres jefas de hogar encuentran en la familia un espacio de afirmación personal que las fortalece emocionalmente ante la adversidad

Según el Informe del Ministerio de Desarrollo Social (2022), las mujeres jefas de hogar en Chile constituyen el grupo con mayor carga de trabajo doméstico y con menor acceso institucional. No obstante, son ellas quienes muestran mayores niveles de autoeficacia percibida y sentido de responsabilidad familiar. Este hallazgo se vincula directamente con el relato, donde el orgullo materno se convierte en un recurso de resistencia psicosocial, permitiendo volver a significar las experiencias de sacrificio como logros y fortalezas personales.

En el siguiente relato veremos otra perspectiva:

Mi esfuerzo, igual, no siempre es reconocido por todos. Con el papá del niño no, ni ahí, nunca valoró nada, todo lo tiraba en cara o se lo llevaba. Pero mi hijo, él sí me reconoce, po. Me dice 'gracias, mamá, por todo lo que haces, por cómo nos sacaste adelante', y eso no tiene precio. Es él, sobre todo, quien me hace sentir apoyada y valorada, porque con todo lo que hemos pasado, él es lo que yo logré criar, educar y acompañar, y me da orgullo verlo como es hoy. E6/R.F.P

Y, además, yo misma me valoro po, porque sé todo lo que he hecho, todo lo que he resistido, todo lo que he salido adelante sola... eso también te llena y te hace sentir que el esfuerzo vale la pena. E6/R.F.P

Aquí se visualiza una expresión muy valiosa, el reconocimiento interno de la fortaleza femenina, que se convierte en un sostén emocional y simbólico para las mujeres. La participante reconoce que no siempre recibe valoración del entorno (especialmente de su ex pareja), pero logra reconstruir su autoestima y dignidad a partir del reconocimiento afectivo que proviene de su hijo y de ella misma. Si lo miramos desde lo psicosocial, se puede observar como el reconocimiento familiar, sobre todo el que proviene de los hijos, funciona como un elemento reparador frente a carencias de apoyo social o institucional.

Según Núñez (2015), en contextos de vulnerabilidad, las mujeres suelen encontrar en vínculos afectivos una forma de validación y de sentido, especialmente cuando la sociedad no valora sus esfuerzos ni su rol como cuidadora. En este sentido, que el hijo le agradezca por diversas cosas, adquiere un gran valor emocional. ya que representa una retribución simbólica por todo el esfuerzo silencioso y cotidiano.

El relato evidencia como, ante la ausencia de valoración por parte de la expareja o de la sociedad, la mujer reconstruye su autoestima a partir del reconocimiento afectivo de su hijo y de su propio auto reconocimiento.

Esta experiencia también puede interpretarse desde la perspectiva de Lagarde (2021), quien plantea que las mujeres desarrollan poder cuando se reconocen a sí mismas como sujetas capaces de resistir y transformar su entorno. Esto no necesariamente se expresa en lo público o económico, sino más bien en lo cotidiano, que es una muestra real de fortaleza y dignidad silenciosa. En conjunto, ambos relatos muestran reconocimiento, y actúan como sostén emocional y simbólico que permite a las mujeres revalorizar su historia y reafirmar su identidad

| Conclusiones

En base al estudio realizado sobre la categoría género y su subcategoría de feminización de la pobreza, nos permite comprender con mayor profundidad la realidad de estas mujeres y el cómo se construye su vida en contextos en donde abunda la vulnerabilidad. A partir de los

relatos y de la lectura revisada se visualiza que la desigualdad de género no es una idea lejana o teórica, sino que es algo real que organiza y atraviesa la vida de las dueñas de hogar con factores estructurales que moldean oportunidades, responsabilidades, cargas físicas y emocionales, etc. En las entrevistas realizadas estos factores se relacionan de manera directa con las vivencias de las mujeres que hablan que la desigualdad se hace cuerpo, tiempo, desgaste, pero a la vez fuerza.

Como primer punto la feminización de la pobreza es un fenómeno que aparece en el territorio estudiado, ya que las mujeres encabezan sus hogares, enfrentan ingresos bajos, dificultad para acceder a un empleo formal y precariedad habitacional, deben sostener el trabajo doméstico, la crianza, y la contención emocional de sus familias. Estos elementos no pueden verse de manera aislada, sino que se combinan y producen un tipo de vulnerabilidad económica, temporal y afectiva, ya que la falta de descanso, la permanente tensión y la sensación de que cualquier imprevisto puede desestabilizar todo el funcionamiento del hogar, son afirmaciones que se repiten en las entrevistas. Esto describe la complejidad de la jefatura femenina y además un sistema y una sociedad que sigue esperando que sean las mujeres quienes mantengan en pie la vida de sus familias, aunque las condiciones no sean las óptimas.

La población objetivo no solo expresó cansancio, sino una responsabilidad de “hacer que todo funcione”. Con esto podemos entender que la pobreza no es neutral al género, ya que ellas llegan a estos lugares de mayor vulnerabilidad como lo es Villa la Esperanza II porque el sistema social les impone una serie de responsabilidades que ocupan gran parte de su tiempo, limitando las posibilidades laborales, de autorrealización y reducción de su autonomía económica. Es aquí en donde aparece el amor a sus hijos como una motivación constante, pero también como una vía para aceptar esas sobrecargas o ese trabajo adicional, que de otra manera serían consideradas inaceptables.

Es por esto que la maternidad en este estudio se relaciona con la precariedad, situándose en un lugar donde el esfuerzo que hacen es la única herramienta que tienen para enfrentarse a estas condiciones estructurales que no eligen.

A partir de los relatos analizados, es posible reconocer que la experiencia de ser mujer jefa de hogar, en contexto de vulnerabilidad no se limita sólo a hacerse cargo del cuidado de los hijos, más bien implica sostener múltiples dimensiones de la vida diaria al mismo tiempo. Esta realidad no es fija ni lineal, sino que se va construyendo en función de las condiciones sociales, los vínculos disponibles y los recursos (o la falta de ellos) que existen en su entorno.

En este sentido, el hogar (que muchas veces se piensa como un espacio de contención y afecto) también se convierte en el lugar donde se expresan desigualdades de género que no siempre son visibles. La mayoría de las mujeres entrevistadas describen rutinas exigentes, donde deben responder a las tareas domésticas, al cuidado de los hijos, a las responsabilidades emocionales y además generar ingresos. Esta combinación produce

agotamiento constante de no tener tiempo para ellas mismas, lo que afecta directamente en su bienestar emocional y mental.

Aún así, los relatos muestran que en medio de estas dificultades también existe la fortaleza y la capacidad de resistencia. El reconocimiento de su hijo aparece como un elemento clave para sostenerse emocionalmente, ya que da sentido del esfuerzo y permite resignificar el cansancio como una trayectoria de lucha. Esta validación familiar, especialmente cuando no existe un apoyo institucional o del entorno cercano, les permite fortalecer la autoestima y reconocer el valor de lo que hacen.

| Referencias

- Activos y estructuras de oportunidades: estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay. (1999, mayo). CEPAL. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/28651>
- Aguilar, P. L. (2011). *La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas*. Revista Katálysis, 14(1), 126–133. <http://hdl.handle.net/11336/191729>
- Arriagada, I. (2020). *Las mujeres y la economía del cuidado en América Latina: entre la invisibilidad y la resistencia*. CEPAL.
- BienestarLabChile. (2025, marzo). *Mitos y realidades sobre el bienestar emocional femenino*. <https://www.bienestarlaborchile.cl/post/mujeres-y-salud-mental-mitos-y-realidades-sobre-el-bienestar-emocional-femenino>
- CI, W. D. G. (s/f). *Resultados de pobreza por ingresos*. Gob.cl. Recuperado el 20 de noviembre de 2025, de https://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/storage/docs/casen/2022/Resultados_Pobreza_por_Ingresos_Casen_2022_v20oct23%20.pdf
- ComunidadMujer. (2023, marzo 15). *11 organizaciones sociales de todo Chile son premiadas por ComunidadMujer por promover la igualdad de oportunidades en tiempos de pandemia*. <https://comunidadmujer.cl/11-organizaciones-sociales-de-todo-chile-son-premiadas-por-comunidadmujer-por-promover-la-igualdad-de-oportunidades-en-tiempos-de-pandemia>
- Cyrulnik, B. (2004). *Los patitos feos: La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Gedisa.
- De género, P. (s/f). *Dimensiones de la pobreza y políticas desde una*. Cepal.org. Recuperado el 21 de noviembre de 2025, de <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/0f3fbb71-e638-40ed-ba78-b545527d9b29/content>
- En, C., Batthyány, K., Aguirre, R., Ferrari, F., Genta, N., Perrotta, V., Salvador, S., & Completo, N. (s/f). *Revista de Ciencias Sociales*. Redalyc.org. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/4536/453644797009.pdf>
- Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros. (s/f). CEPAL. Recuperado el 23 de noviembre de 2025, de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/2504-familias-politicas-publicas-america-latina-historia-desencuentros>
- García, M., & Pérez, L. (2021). *Cuidar sin descanso: carga emocional y salud mental en mujeres cuidadoras familiares*. Revista Latinoamericana de Estudios de Familia, 13(1), 45–63.
- González-Barrientos, M., Reyes-Espejo, M. I., Piñones Valenzuela, R., & Pavez-Mena, J. (2025). *Seguridad, temor y poder: reflexiones sobre la identidad y la vulnerabilidad en la sociedad contemporánea*. Psicoperspectivas, 24(1). <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol24-Issue1-fulltext-3432>
- Gutiérrez Castañeda, G. (1997). *El concepto "género": una perspectiva para repensar la política*. Theoría. Revista del Colegio de Filosofía, 5, 39–47. <https://doi.org/10.22201/ffyl.16656415p.1997.5.173>
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento: Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Crítica.

- Jelin, E. (2010). *Pan y afectos: La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica. <http://hdl.handle.net/11336/189966>
- La autonomía económica de las mujeres en la recuperación sostenible y con igualdad. (2021, febrero 10). <https://repositorio.cepal.org/entities/publication/02481a1f-a217-4763-8de8-16f49951966d>
- Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres*. PUEG-UNAM.
- LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL. (s/f). Margen.org. https://www.margen.org/epub/Intervencion_losocial.pdf
- Loreto, D., Navarrete, M., & Galaz Valderrama, C. (s/f). *Trabajo social e intervención social: una apuesta desde el socioconstruccionismo*. <https://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/201942/Trabajo-social-e-intervencion-social.pdf>
- Matus, C. (1987). *Política, planificación y gobierno*. Fundación ALTADIR.
- Mujer, C. (s/f). *Mujer y trabajo: Aumento de la jefatura femenina, ¿una nueva fuente de vulnerabilidad social?* <https://comunidadmujer.cl/wp-content/uploads/2022/04/BOLETIN-AGOSTO-2016-FINAL.pdf>
- Núñez, G. (2015). *Reconocimiento y subjetividad en contextos de vulnerabilidad*. Universidad de la República.
- Pérez Padrón, D. (2020). *El trabajo del hogar y su regulación en América Latina. Un estudio comparado*. Revista Latinoamericana de Derecho Social, 1(37), 95–119. <https://doi.org/10.22201/ijj.24487899e.2020.37.14864>
- Ramírez, R. F., Manosalvas, M. I., & Cárdenas, O. S. (2019). *Estereotipos de género y su impacto en la educación de la mujer en Latinoamérica y Ecuador*. Revista Espacios, 40(41), 29. <https://www.revistaespacios.com/a19v40n41/19404129.html>
- Rangel, J. (2004). *Griselda Gutiérrez Castañeda (coord.). Feminismo en México...* Foro Internacional, 44, 185–190. <https://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/view/1730>
- Robles Mendoza, A. L. (2014). *Miedo en las calles: principal emoción de la inseguridad pública delictiva. Un estudio criminológico y de género*. Revista IUS, 8(34), 81–100.
- Sampieri, R. H., Collado, C. F., & Lucio, P. B. (2014). *Metodología de la investigación*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=775008>
- (S/f). *Metodología de la investigación* (Sampieri). Gob.mx. https://apiperiodico.jalisco.gob.mx/api/sites/periodicooficial.jalisco.gob.mx/files/metodologia_de_la_investigacion_-_roberto_hernandez_sampieri.pdf
- Sampieri, R. H., Collado, C. F., Pilar, D., & Lucio, B. (s/f). *Metodología de la investigación* (4a ed.). <http://187.191.86.244/rceis/registro/Metodología%20de%20la%20Investigación%20SAMPIERI.pdf>
- Sepúlveda, L. (2009). *Políticas para la inserción laboral de mujeres y jóvenes en Chile*. CEPAL. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/3778-politicas-la-insercion-laboral-mujeres-jovenes-chile>
- Servicio Nacional de Capacitación y Empleo (SENCE). (2008). *Evaluación cualitativa de la implementación del Programa Bono Trabajador Activo*.
- Sistema, E., & Programa, E. (s/f). *Género y políticas públicas*. Germina.cl. https://germina.cl/wp-content/uploads/2018/04/publicacion2_genero_politicas_publicas_estado_del_arte.pdf
- Toro, D. (2025, marzo 7). *70% no se siente identificado con el movimiento feminista...* Emol. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2025/03/07/1159571/black-white-encuesta-movimiento-feminista.html>

Vasilachis de Gialdino, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa. https://books.google.cl/books/about/Estrategias_de_investigación_cualitativa.html?id=upPsDwAAQBAJ

¿Quién realmente manda en la casa? (2023, agosto 19). *La Tercera*. <https://www.latercera.com/la-tercera-sabado/noticia/quien-realmente-manda-en-la-casa/4QB47ARCIZG2TDNKEG66PH2WSQ/>